

APUNTES SOBRE EL *MANUAL DE HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA* (1966) DE MAX AUB: ¿UN TEXTO ENAJENADO? (PENSAMIENTO LITERARIO, TRADICIÓN Y EXILIO)¹

Antonio Francisco PEDRÓS-GASCÓN
Colorado State University

Hablamos de dos mundos distintos. Al fin, yo soy la gallina muerta, desplumada, colgada en el mercado común. Uno de esos pollos colgados, desplumados que me horrorizaban cuando niño y que ya aparecen en *Fábula verde*. Mi idea era que *La gallina ciega* era España no por el juego, no por el cartón de Goya, sino por haber empollado huevos de otra especie... (Aub 1995: 593-594).

Esta es una de las últimas reflexiones de Max Aub (nacido en París en 1903) en su libro *La gallina ciega. Diario español*, en el que el autor levanta acta de su amarga visita a España en 1969. A sus 66 años, primera vez que pisaba territorio español tras más de tres décadas de obligado exilio político en México, Aub ha sido testigo de varias de las

1.- Este trabajo ha sido posible gracias a la generosa ayuda bibliográfica la Fundación Max Aub de Segorbe, y al personal de la Biblioteca María Moliner de la Universidad de Zaragoza. Agradezco también la lectura y correcciones del manuscrito que han hecho Samuel Amell y Sebastiaan Faber, y la ayuda constante del Department of Foreign Languages, Literatures and Cultures y el College of Liberal Arts de Colorado State University.

experiencias más terribles de la historia del convulso siglo XX. En 1914 su familia tiene que huir de Francia ante el brote de racismo y xenofobia que se vive con el comienzo de la Primera Guerra Mundial (Max era hijo de un comerciante judío alemán y una francesa de la alta burguesía²). La familia se instala entonces en Valencia y el autor prosigue allí su educación en liceos laicos –la Alianza Francesa y la Escuela Moderna–, aprendiendo pronto el español, aunque arrastrará un deje francés en la [r] durante toda su vida que denotará su origen³. En España oye de la Revolución Soviética y vive los turbulentos años 20, con el Desastre de Annual, la llegada de la dictadura de Primo de Rivera, y la conformación de la generación del 27. A finales de esos años 20 el autor se afilia al Partido Socialista de Valencia, y con el nacimiento de la Segunda República Española Aub comienza a escribir teatro de circunstancia y participa en el proyecto de socialización de la cultura –llevado adelante por la República– con proyectos como las universidades populares o los teatros itinerantes –*El Buho*–, siguiendo el ejemplo de *La Barraca* lorquiana. Al declararse el golpe de estado de Franco y comenzar la Guerra Civil, Aub trabajará en defensa de la República y contra el fascismo, participando en el rodaje de *L'Espoir/Sierra de Teruel* (1938) con André Malraux, o comisionando a Picasso –como agregado cultural de la República en Francia– la creación de un cuadro para la Exposición Universal de París de 1937 que representa un todo en la historia presente de España: el Guernica. Y en París volverá a sufrir el racismo y la xenofobia de otra guerra mundial, la segunda, en la que será acusado de comunista-hebreo durante el régimen de Pétain⁴. Por ello vivirá los campos de concentración franceses y argelinos, hasta que finalmente viaje a México, país en el que vivirá el resto de su vida y donde morirá en 1972, poco después de hacer un segundo viaje a España.

Pese a este origen multicultural/multinacional, Max Aub va a elegir para sí –tras la naturalización de su padre– la nacionalidad española como muestra del compromiso ético con el país que les acogió a él y su familia, y donde maduró vital e intelectualmente. Posteriormente tomará la ciudadanía mexicana, algo que como dice Albrecht Buschmann es un «[...] hecho que en muchos artículos, sobre todo españoles, no se menciona nunca

2.- «Quizá nunca pueda olvidar el día en que me transformé de golpe, en medio de un pueblecito del Oise: de compañero de juegos me convertí en "sale boche". Ello me hizo daño, como también me hizo daño el ver en Vierzon el primer tren militar de heridos –y debí ver muchos otros cuando salíamos para España a reunirnos con nuestro padre–. Fue en ese momento cuando mi abuela dijo algunas palabras a mi madre en alemán y alguien que pasaba nos miró y nos dijo: "¡Sales juifs!". Era la primera vez que yo oía en Francia semejante cosa: tenía once años» (Aub, citado en Maglat: 30).

3.- «Alguna vez he llamado la atención sobre la curiosa coincidencia de que a tres de los mayores escritores hispanos de su generación, Alejo Carpentier, Julio Cortázar y el mismo Max Aub, se les resistiese siempre al hablar la áspere erre de nuestra lengua» (Ayala, 2004: 97).

4.- El libro de Magrat reproduce la denuncia anónima de que fue objeto Aub en 1940, y en ella se leen estos términos: «Hebreo [...] comunista y revolucionario de acción» (Magrat: 89).

o sólo muy de pasada» (Buschmann: 202), demostrando los parámetros de lectura nacional que se traslucen en la recepción aubiana.

La obra de Max Aub es uno de los más claros exponentes del exilio español, y a la vez muestra del olvido generalizado al que la España postfranquista ha relegado la literatura y pensamiento de estos autores. La constante lucha contra el olvido y la defensa de la dignidad republicana –su defensa de una idea de España– frente a la dictadura fascista, hace de Aub uno de los autores más lúcidos y productivos del exilio, elevándole al rango de «conciencia del exilio»⁵. El exilio es –y tiene pinta de que seguirá siéndolo al menos por algún tiempo–, un episodio aparte o apólogo en los estudios literarios peninsulares, como ya predijera con triste acierto el autor: «Habría que saber si el día de mañana se integrarán a la literatura española o –no faltan precedentes– un estrecho y oscuro nacionalismo los dejará caer en el olvido» (Aub, 1974: 528). Un olvido y ninguneo contra el que él luchó durante toda su vida, y que la creación de una Fundación como la Max Aub en Segorbe en 1997 intenta subsanar, aunque tenga por delante un trabajo arduo.

En este ensayo propongo revisar la articulación actual de parte de los estudios aubianos, en concreto la referente al consenso crítico que considera la obra completa de Max Aub «no nacionalista» –entiéndase aquí nacionalista no en su equívoca concepción historicista española (perteneciente al bando Nacional, vencedor de la guerra civil), sino en su significado general de '1. adj. Partidario del nacionalismo'; y entiéndase el nacionalismo como '2. m. Ideología que atribuye entidad propia y diferenciada a un territorio y a sus ciudadanos, y en la que se fundan aspiraciones políticas muy diversas' o mejor aún, en el significado que le da la vigesimotercera edición del *Diccionario de la Real Academia Española*, enmendando su anterior acepción: '1. m. Sentimiento fervoroso de pertenencia a una nación y de identificación con su realidad y con su historia'⁶–. Fundamento de esta necesaria revisión es el

5.- «Pues bien, argüiría que es esta misma condición de escritor –asumida de forma consciente y entusiasta– la que le permite a Aub superar el dilema de la lealtad del exilio a nivel personal y convertirse en lo que he llamado la "conciencia del exilio". Aub supera el dilema convirtiendo su obra en una larga reflexión sobre el mismo, y convirtiéndolo en un espacio dialógico ejemplar que al mismo tiempo cuestiona y expresa la condición del exilio como un profundo compromiso político. [...] Ahora bien, donde Aub se distingue de muchos de sus compañeros exiliados es en su rechazo de la *lealtad* –el sentimiento irracional de comunidad, la pasión tribal–, sobre todo en sus manifestaciones nacionalistas. Como ya se ha señalado, muchos otros intelectuales, en reacción al trauma de la derrota y el destierro, echan mano de una retórica grandilocuente que exalta a España en términos harto chovinistas. Aub se mantiene lejos de este tipo de discurso. [...] Si Aub no siente pasión tribal es precisamente porque en verdad, no tiene tribu. Aunque se considera español, su españolidad era consciente, elegida: en términos de Shklar, se trataba menos de una lealtad que de un compromiso» (Faber, 2003-2004: 46-47).

6.- <<http://rae.es/rae.html>>. Página consultada el 30 de abril de 2009.

análisis del *Manual de Historia de la Literatura Española* (México: Pormaca 1966, 2 volúmenes; Madrid: Akal, 1974, 1 volumen [edición usada en este estudio]). Entiendo que este *Manual* problematiza —a contrapelo de sus otros textos críticos— la difícil relación que se estableció entre identidad, tradición y exilio, elementos que han sido objeto de análisis ya en múltiples estudios dedicados tanto a la obra del autor como a la de otros exiliados. Este texto muestra claramente la existencia de unos parámetros nacionalistas en la manera de entender la literatura y cultura españolas que no pueden seguir siendo obviados, y que nos deberían obligar a cuestionarnos el estado presente de la cuestión. En la base de mi análisis está la premisa de que frente a las visiones más progresistas y humanistas propias del republicanismo que el autor defendió y demostró ejemplarmente a lo largo de su vida y obra, el *Manual* trasluce una visión mucho más tradicional y conservadora de la historia de España que contrasta con lo antedicho, y toma por momentos un marcado cariz nacionalista conservador —del que habla Inman Fox en su texto *La invención de España* (1997)— que acaba acercándolo parcialmente a la historiografía franquista, contra la que él políticamente luchaba desde el exilio.

Este conservadurismo cultural es, al fin y al cabo, fruto del casticismo de la España del primer tercio, cuyo positivismo elevó a los altares la visión noventayochista de la historia nacional⁷. Pero también, y esta es una de las propuestas de lectura que lanzo, un posible acto de reafirmación identitaria por parte de Max Aub, parejo a lo que en lingüística se denomina «ultracorrección»: '1. f. Deformación de una palabra por equivocado prurito de corrección, según el modelo de otras: p. ej., *inflación* por *inflación*, por influjo de *transacción*, *lección*, etc.' (DRAE)⁸. Entiendo que esta ultracorrección identitaria sería un ejemplo más de lo que Sebastiaan Faber ha dado en llamar «patologías de la escritura exílica» (Faber, 2003: 11): respuesta a una hostilidad ambiental que siempre cuestionó su pertenencia —entre otras cosas basándose en esa [r] de la que ya hablaba—, y que, como a los hijos de emigrados que se instalan en un país nuevo, acaba obligándoles a mostrar una adhesión militante a la

7.- «In the Spanish context, both Republicans and Francoists strongly relied on the tenets of cultural nationalism. To be sure, the progressive cause of the Republic was, in the first place, connected to Hutchinson's political or civil nationalism, in that the Republicans' main objective was "to secure a representative state for their community so that it might participate as an equal in the developing cosmopolitan rationalist civilization" (Hutchinson 122). By contrast, the ideology of Francoism was much more obviously regressive and reactionary. Still, however, the Republican intellectuals, too, were tempted to bolster their cause with a cultural-nationalist rhetoric that in the end was not so different from that of their Francoist counterparts. As I will explain below, this was largely due to the influence on intellectuals of both camps of the so-called Spanish generations of 1898 and 1914. In spite of many other differences, representatives of both these generations had argued that national "regeneration" required the recuperation of Spain's "original" character» (Faber, 2002: 40-41).

8.- <<http://rae.es/rae.html>>. Página consultada el 30 de abril de 2009.

imaginaria comunidad ideológica que les recibió⁹. Este punto se puede entrever con claridad en la descripción que de Aub hará Francisco Ayala años después:

Max Aub vivió en calidad de escritor español exiliado, con una fidelidad que no puede dejar de resultar conmovedora. La decisión de ser un escritor español fue para Max Aub una decisión particularmente libre y sostenida en el exilio con impresionante ahincamiento. Max se había querido español, se sentía español, y la lengua castellana no era para él mero instrumento adoptado para su expresión literaria, sino algo esencial, algo vitalmente asumido. Así, insistió siempre con obstinado empeño en ser no ya un escritor español, y escritor de lengua española, sino un escritor español, y escritor español exiliado.

Diría yo que de todos los exiliados españoles él fue el más exiliado, el escritor que ha hecho de España, de la guerra civil y del exilio mismo, asunto principal y casi único de su creación literaria.

[...] El intenso españolismo de Max Aub ha de entenderse, a mi parecer, como resultado de su deliberada opción por la que se afirma español; y su meditación, tan larga y dolorida, sobre la realidad española, es reflejo de su preocupada autodefinición individual. Para afirmarse español, alejado de España siguió soñándola hasta el final de sus días (Ayala, 1995: 11-12).

Al hablar del periodo mexicano que vivieron autores como Max Aub, Sebastiaan Faber explica elocuentemente cómo, en tanto que exiliados, estos autores tuvieron que mostrar la gratitud hacia el país que les acogía: su complicada situación vital les obligaba a sentirse objeto de una magnánima caridad que pendía de un hilo excesivamente delgado. Esto les exigía entre otras cosas no poder opinar sobre temas de política nacional mexicana, a la vez que tenían que defender la ideología que sustentaba el poder que les acogía (el priismo). Faber documenta claramente este punto en su estudio *Exile and Cultural Hegemony* (2002), donde demuestra las aporías en las que acabaron cayendo los escritos de estos autores, sobre todo en su relación con ideas como la de cultura nacional, tradición, etc. Es evidente que Max Aub vivió en sus propias carnes este problema durante su estancia en México, pero... ¿sería posible considerar que esta complicada necesidad de expresar la gratitud hacia el país que lo acogió —el México de Cárdenas— es la réplica de una anterior, cuando el adolescente Aub tuvo que huir de Francia y establecerse en Valencia, ante el peligro que corría su familia por su origen judío-alemán? Como ya dije,

9.- «Cuando Max Aub llega a Valencia recién cumplidos los once años, la lengua castellana no le es desconocida; antes bien, simboliza para él el mundo de los adultos. En efecto, sus padres la utilizaban cuando querían comunicarse sin que los niños o la servidumbre les entendieran. Tal vez eso explica la pasión con que emprendería su aprendizaje primero, y luego su exclusivista adopción como materia prima e instrumento de su creación literaria. Acceder a la lengua castellana era salir de una infancia perturbada, penetrar en el mundo de los adultos. No obstante, nunca Aub llegará a los extremos que hemos podido contemplar en América entre tantos hijos de emigrantes: la abjuración y el odio a la lengua de sus orígenes» (Soldevila: 43).

en muestra de gratitud el autor se nacionalizó español y escribió a partir de entonces sólo en castellano, adquiriendo lo que considero una postura ultracorrectiva¹⁰.

Como Faber explica, es interesante ver que, en su visita a España en 1969 –documentada en *La gallina ciega* tan sólo un año después de la masacre de Tlatelolco–, la realidad mexicana es la gran ausente dentro del juego de denuncias que establece, lo que implica también por ello la asunción, al menos pública, de la ideología nacionalista dominante en el priismo. ¿Podemos ver una situación pareja en la adhesión sin fisuras a la España del primer tercio por parte de Max Aub, esa España de la Restauración y los Pactos del Pardo, del liberalismo finisecular, a la que llegó su familia huyendo de Francia?

El *Manual de Historia de la Literatura Española* (1966) es un texto único dentro de la producción ensayística del autor, que lo aleja del resto de estudios comenzados con la publicación del *Discurso de la novela española contemporánea* (1945), y continuados en textos como *La prosa española del siglo XIX* (1952) y *Poesía española contemporánea* (1969) –o al hablar de México, su «De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana» (1967) y *Ensayos mexicanos* (1974)–. El *Manual* es el único texto en el que se aborda la literatura anterior a la España contemporánea, hecho éste que, como veremos, va a mostrar una faceta y unas visiones diferentes de las que nos tiene acostumbrado a leer en otros textos¹¹.

Como el propio autor reconoce al principio del libro, este texto tiene una doble articulación dependiendo del periodo histórico que cubre. Así, hasta el siglo XIX el autor sigue un formato más conocido, el del «mapeo» por géneros, frecuente en este tipo de manuales, pero al llegar a los autores contemporáneos, y cito a Aub, «me aparto de este criterio por suponer que el curioso quiere saber más de lo actual; sin

10.- «[...] que yo sepa, escribí siempre en español desde que lo aprendí. Me parece que escribí a los 12 años, es decir un año después de mi llegada a España, mi primer poema, y me acuerdo de que uno de los amigos a quienes se lo mostré se estuvo riendo como loco de mis errores de sintaxis» (Aub, citado en Malgat: 38).

11.- Dice José Antonio Pérez Bowie al hablar del *Manual*: «Desde esta perspectiva, el canon personal de Aub ofrece un indudable interés dada la posición doblemente excéntrica desde la que emite sus juicios y valoraciones en materia literaria: por un lado, la del exiliado al que la derrota en la guerra civil del bando en que militaba ha apartado violentamente de su ambiente y de sus lectores y sabedor de que esa derrota ha supuesto, además, la erradicación en su país del sistema de valores liberal y democrático en el que creía y la persecución o el silenciamiento de toda literatura afín al mismo; por otro lado, su posición es la del escritor consciente de la función de compromiso que le corresponde desempeñar, especialmente en unos momentos en que las libertades individuales y el pensamiento humanístico-liberal que las sustenta parecen sufrir un retroceso en todo el mundo, lo que le lleva al convencimiento de la necesidad de combatir simultáneamente contra el predominio de corrientes contemporáneas que trataban de marcar un rumbo más ideológicamente aséptico a la creación literaria y contra las apropiaciones interesadas de la labor de los escritores que se pretendían desde los poderes políticos» (Pérez Bowie: 23).

contar que se discierne menos, por falta de perspectiva; lo que seguramente, si le quita imparcialidad, le añade –espero– vida» (Aub, 1974: 8).

En el último capítulo del *Manual* («6: Las guerras civiles») –en el que se va a abordar los siglos XIX y XX–, el autor va a cambiar herramientas y tono. Aub anuncia que al abordar la literatura posterior a 1808, van a primar sus gustos y será más abiertamente partidario, más subjetivo. Consuetudinariamente es posible pensar que, por lo tanto, la visión que tiene el autor del libro hasta ese momento es la de que es un texto (más) objetivo, pues: a) aborda unas épocas con las que hay mayor distancia temporal; y b) su lectura está informada por fuentes y textos canónicos del estudio de la literatura peninsular. Consciente de la simbólica identificación que su obra tiene con una conciencia del exilio, el autor descalifica las obras que abordan el canon desde los estudios filológicos producidos bajo el franquismo por sesgados, motivo por el cual se nos propone una nueva lectura de estos autores bajo el prisma del compromiso republicano, más inclusivo¹². Pero con este acto el autor denuncia solamente el canon y la realidad española inmediata, mostrando más complacencia o aceptación de las visiones establecidas por la Escuela Filológica a la hora de entender los periodos anteriores, en una aceptación que parece crecer exponencialmente cuanto más alejado esté el periodo del presente inmediato.

Esta división binaria o uso de diferente aparataje a la hora de abordar la historia de la literatura, da como resultado una *contradictio in terminis* (si lo queremos poner de una forma más suave), o una visión maniquea (si más fuerte), al aplicar arbitrariamente diferentes herramientas según el periodo histórico objeto de análisis. Asimismo, esta *contradictio* es extrapolable a la problemática visión nacional que manifiesta el autor en varios de sus textos, en los que la historia pasada (hasta el siglo XVIII) es leída desde parámetros tradicionales, mientras que la historia reciente es abordada desde las posturas liberales que han caracterizado tanto la producción como la recepción

12.- «El *Manual de historia de la literatura española* de Aub confirma la visión de la realidad histórica española esbozada por Américo Castro en *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (Buenos Aires, Losada, 1948); muchos de los aspectos del carácter y de la historia de España sólo pueden explicarse a través de la peculiaridad multirracial de nuestro país [...] Destaca sorprendentemente el carácter integrador, la mentalidad tan amplia y abierta de Aub en el análisis de la literatura española; en su *Manual*... están representadas todas las voces: las oficiales y las disidentes; sefardíes, moriscos, jesuitas expulsados, afrancesados desterrados, republicanos exiliados...» (Valcárcel: 462-463).

aubiana¹³. Pareciera que Aub no comprende que de aquellos polvos son estos lodos, y que al legitimar la visión nacionalista promovida por la Escuela Filológica española, el autor está socavando la visión liberal/república que él mismo propone de los siglos XIX-XX¹⁴.

Planteo por ello la necesidad de re-evaluar la relación existente entre el autor y la tradición literaria española, una relación que, valga la redundancia, es mucho más tradicional que heterodoxa, al menos tal y como la describe en este *Manual*. El uso de ambos aparatajes en un mismo proyecto es antagónico y demuestra la aporía sobre la que se sustenta el pensamiento exiliado en México: tener que defender una visión de España que se diferencie de la promovida por el franquismo, pero sin embargo tener que recurrir eminentemente a una retórica común y una misma base ideológica, la de la Escuela Filológica española, con su visión nacional-castellanista¹⁵. Ejemplo claro lo da ya Aub en la página 15 del *Manual* al hablar de «España visigoda» en lugar de Hispania visigoda, cayendo en el neohistoricismo decimonónico sobre el que el franquismo va a basar y desarrollar su ideología nacionalista, a prueba de milenios. Así pues, mientras que en sus diarios –i.e. *La gallina ciega*– el autor va a sentirse

13.- Al analizar el libro *Poesía española contemporánea* James Valender hace una afirmación que considero extrapolable a esta obra: «Al presentar su exposición de los hechos políticos, Aub lo hace no solo desde un ángulo progresista, sino incluso, al llegar a la guerra civil, desde la perspectiva de un simpatizante del partido comunista; razón por la cual uno tal vez esperaría que, al interpretar la obra poética de esta época, lo hiciera también desde una posición marxista, explicando la obra en términos de conflictos de clase social surgidos a raíz de las contradicciones dentro del sistema capitalista del país, pero no ocurre así. Incluso, al apoyarse en nociones de “carácter nacional”, Aub parece hacer suya cierta ideología conservadora, de signo opuesto a la tendencia progresista que a la vez busca promover a la hora de comentar la poesía. Es una contradicción fundamental, que recorre todo su libro y de la que el propio Aub estaba tal vez consciente. [...] Entre los defectos de “tejido”, seguramente uno de los más notorios era esta falta de correlación ideológica entre el discurso explícito del crítico y las implicaciones de la lectura histórica llevada a cabo» (Valender: 682-683).

14.- «Although there were aspects of national identity over which the two parties passionately disagreed, there were also significant overlaps. The cultural canon to which they laid claim, for instance, was not so different as might be expected. In fact, what makes this struggle over cultural hegemony so fascinating is that, to a large extent, both the exiles and the Franco regime started out from a representation of the nation –its character, its history– as it had been laid down or “invented” by nineteenth-century romantic historiography (Fox, *Invenición* 38-45)» (Faber, 2002: 42).

15.- «La fecundidad crítica del citado entendimiento crítico depende, naturalmente, de la rigurosidad del criterio que se adopte en la selección de los respectivos elementos literarios y sociales impuestos en relación. En *P[oesía]E[spañola] C[ontemporánea]*, sin embargo, la continuidad entre los datos históricos y los literarios se establece de manera predominantemente asistemática, al hilo de un discurso libérrimo que se ajusta, antes que a otra cosa, a los conocimientos, intereses o gustos del crítico. Nos parece suficientemente elocuente a este respecto la justificación, mediante el principio sociológico que comentamos, de la denominación de grupos de escritores afines (la referencia denunciativa y crítica del estancamiento español en la controvertida “generación del 98”); de concepciones estéticas (la definición dariana de Modernismo como “anarquismo en el arte” en correspondencia con la confusa escena sociopolítica coetánea) e incluso de datos estilísticos y breves fases poéticas (el indeciso período de tanteo ocurrido entre el modernismo y la vanguardia refleja los vaivenes y bandazos gubernamentales del decenio 1910-1920).

En realidad, la asociación entre literatura, lengua y sociedad nacional fue una de las premisas básicas en la constitución del historicismo crítico nacido con el Romanticismo, y rápidamente desarrollado, ya en nuestro siglo, por la Escuela de Filología española» (Olmos Gil: 670-671).

personalmente muy cercano a la historiografía de Américo Castro –entre otras razones por la realidad bajo la que ambos viven, el exilio–, en los cinco primeros capítulos del *Manual*, que van de la Edad Media al siglo XVIII, Aub va a seguir principalmente la senda casticista de Menéndez Pelayo¹⁶. Sirva como ejemplo el dato de que éste es nombrado como fuente ya en la página 27, cuando Castro no aparece en escena hasta la página 62.

Reitero por ello que el autor incurre en constantes contradicciones que socavan las posiciones ideológicas que él defiende a nivel personal en diarios como *La gallina ciega*, donde el autor es defensor de la posición ética de Américo Castro¹⁷. Asimismo, aunque el autor se identifique en una situación intermedia entre Menéndez y Castro, entiendo que en la primera parte del *Manual* su visión del pasado le acerca más a aquél que a éste¹⁸.

Al abrir el *Manual* lo primero que puede llamarnos la atención son varias afirmaciones y preceptos puestos de manifiesto ya en las páginas que abren y cierran el volumen –«Nota preliminar» (Aub 1974: 7-9); «Definición y limitaciones» (11-12); y «Bibliografías» (554)–:

1) «La historia es futuro: del estudiante que se enfrenta con lo que no sabe y pretende aprender; del curioso lector que busca entretenimiento. Basada en el pasado, que no se sabe exactamente cómo fue, es una reconstrucción atada al ingenio de quien la escribe, según datos, como es natural, no siempre fidedignos [...]» (1974: 7). Este libro no es solo

16.- «La crisis que, desde finales del siglo XVII hasta el siglo XIX, experimenta la literatura española la achaca Aub a la situación política en que se hallaba sumida España. En este y otros aspectos hay una perfecta sintonía con Antonio Ramos-Oliveira, quien, gran amigo de Aub, le permitió consultar su *Historia de España* antes de su publicación. Esa *Historia* y los siete tomos de la *Crítica histórica y literaria*, de Menéndez Pelayo, fueron las fuentes que más profusamente utilizó Aub para la primera parte de la *Prosa española*.

Aub concilió para uso propio las posturas de Ramos-Oliveira y de Menéndez Pelayo, un ejercicio nada fácil porque ideológicamente estaban muy alejados uno de otro. Pero el que saliera airoso de esa prueba se debió a que Ramos-Oliveira le ofrecía, con una argumentación convincente y con una excelente base documental, la constatación de sus propias intuiciones sobre la situación española a lo largo del siglo XIX, y Menéndez Pelayo le proporcionaba un valiosísimo soporte documental. [...]

Con todo, Aub, a diferencia de Menéndez Pelayo, hizo depender, en *La prosa española*, la novela del afianzamiento, tras la revolución de 1868, de la burguesía» (Caudet: 71-72).

17.- «Más que la interpretación de la historia de España, lo que sobre todo unía a Aub y a Castro era la visión que ambos tenían de la guerra fría, es decir, la posición crítica ante el capitalismo y el comunismo» (Romero-Marco: 129).

18.- «¿Qué pienso de España?»

Contra la religión castiza castellana (o castellanizante) de la generación del 98 se alza la tridimensional de Américo Castro. ¿Cómo es el español para los componentes de la generación del 98? Un hombre genial y anquilosado. ¿Cómo es para los de la edad siguiente? Cerrado de mollera que necesita europeizarse. Perteneciendo a esa generación, Américo Castro, más tarde, en su madurez, hallará en el español raíces de sus antecedentes judíos, árabes y castellanos. España, para don Marcelino, era la madre de Séneca y Trajano; para Castro, nacerá con los Reyes Católicos (para mí, con el idioma; de hecho, con la Reconquista); no tiene importancia» (Aub, 1995: 568).

una visión de la literatura y sociedad del pasado, sino una propuesta de interpretación futura de la realidad española —un arma cargada de futuro, como diría Gabriel Celaya—, una herramienta interpretativa y de construcción identitaria/nacional. Por este mismo hecho —la conciencia de que este texto es una propuesta *ad futurum*—, debemos evaluar más en profundidad cómo es la literatura y cultura española previa que el autor va a describir en sus páginas y que tomará como base de lo porvenir, y las consecuencias teleológicas que tiene la metodología de la que hace uso, la visión final a transmitir. En otro texto de este mismo tiempo el autor dejará claro que su función testimonial, como escritor, es no solo una muestra de realismo, sino una voluntad de asentar un tipo de sentimiento nacional: «Posiblemente nuestra misión no vaya más allá que la de ciertos clérigos o amanuenses de los albores de las nacionalidades: dar cuenta de los sucesos y recoger cantares de gesta» (Aub, 1967: 19)¹⁹.

2) «La literatura española es el cúmulo de poesías, obras teatrales, discursos, ensayos (a lo profano y a lo divino), de calidad cierta, escritos por españoles, en español» (1974: 11)²⁰. Este segundo punto es menos inconsecuente que el anterior, pues la definición de literatura española como aquella que se escribe en español (por castellano) conlleva la negación o exclusión de la misma de la literatura escrita en cualquiera de las otras lenguas peninsulares —por lo que tal vez debería llamarse mejor Historia de la literatura castellana—. El autor manifiesta aquí preferir un criterio de política filológica a uno más aperturista de lo que es España y lo español²¹. Esta afirmación es curiosa proviniendo de alguien que conoce y habla valenciano/catalán —lo aprende en 1922 (Aub 1995: 142)— y que en su visita a Barcelona en 1969 (de la que dará cuenta en el referido *La gallina ciega*), va a denunciar la homogeneización castellanista que el franquismo ha impuesto

19.- Sobre esta cita dice Arturo del Hoyo: «Esa fue, en cierto modo, la tarea de Max Aub, durante la guerra española y, en gran parte, lo siguió siendo después. Sin embargo, en su obra anterior a la guerra, no se advertía en él tan fuerte politización. Pudiera decirse que la suya ha sido una politización forzosa, no asumida previa e ideológicamente, sino impuesta por las circunstancias españolas, primero, y por las mundiales, después» (Hoyo: 16).

20.- Compárese esta visión con la de otro de los textos de estudio frecuente a nivel universitario como es el texto de Alan D. Deyermond, donde éste expone una visión distinta: «Sin duda extrañará que una historia de la literatura medieval española, y sobre todo una historia publicada en Barcelona, no atienda a la literatura catalana. La explicación está en que otro tomo de la presente serie, el libro del profesor Arthur Terry, dedicará su primera mitad a la literatura medieval de Cataluña» (Deyermond: 19-20). Curiosamente, sin embargo, ese volumen nunca se incluyó.

21.- «No entra en juego la geografía: Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Prudencio, San Isidoro, Avicibrón, Maimónides, Abentofail, Averroes, Aben Zaidun, Abul Beca, podrán pertenecer para algunos nacionalistas a la literatura española por el hecho de haber nacido en Córdoba, Calatayud, Calahorra, Zaragoza, Sevilla, Málaga, Toledo, Guadix o Ronda, pero lo cierto es que son piedras miliare de las literaturas latina, judía y árabe. Sólo se puede pertenecer a dos literaturas si se es escritor bilingüe como Gil Vicente, Rosalía de Castro o Juan Maragall; los citados antes, por mucho que hubiesen querido, no pudieron escribir en español» (Aub, 1974: 11). Pese a estas opiniones, el autor acaba dedicándole algo menos de una página a Rosalía, y a Maragall tan solo lo nombra de pasada. No es lo mismo excluir a Séneca, escritor en latín del siglo I, cuando España aún no existe, que excluir a autores que escriben en España durante el siglo XVI.

en sus treinta años de existencia²². Unos años antes, recién comenzado su exilio, su visión a este respecto parece ser mucho más abierta, como lo demuestra la afirmación que hace en su *Discurso de la novela española contemporánea* al meditar sobre una obra del autor catalán Ignacio Agustí, escrita por obligación en castellano: «La novela [*Mariona Rebull*] da la impresión, en todo momento, de haber sido mal traducida. Otro crimen de este tiempo oscuro de España; porque las obras que los catalanes hubiesen escrito en su lengua ¿quién las salvará?» (Aub, 1945: 102).

Otro punto importante de esta visión es la difícil situación en la que esta definición reduccionista deja a su propio autor: ¿es la obra de un autor francés que escribe en español parte de la literatura española, siendo que sólo cumple una de las dos proposiciones, estar escrita en español? ¿O deja entonces de ser española una parte importante de la obra de José María Blanco-White por estar parcialmente escrita en inglés, siendo que para poder entenderla hay que tener presente la España del XIX? ¿Es la obra de los coetáneos Jorge Semprún o Fernando Arrabal menos española por estar escrita en francés²³? ¿Y debe dejar de serlo la poesía o el ensayo escrito en lengua árabe o hebrea durante la época de convivencia de las tres culturas, siendo que para Aub España comienza con la invasión visigoda y la Reconquista²⁴? En una visión terriblemente reduccionista, el castellano es, pues, la medida de toda obra literaria española. Ejemplo de este castellanismo lo tenemos tempranamente en un percance entre Rivas Cherif y Aub en México en 1945, del que da cuenta Juan Aguilera Sastre²⁵.

22.- «Porque lo terrible de Cataluña es que ya no hablan catalán —lo farfullan— y todavía no “pronuncian” el castellano (¿llegarán a hacerlo?) —escribirlo es otra cosa, como siempre—. Valencia no ha conquistado a la “gran” Cataluña. Y la gente, aquí, no hablando como antes, es otra y —ahora que vamos a tomar el avión de partida— lo que más ha variado en y a España. Los de la España “grande, única, sola” o como se diga (¡una, grande, libre!) asesinaron a la que conocí y —como en cualquier película— la reemplazaron por un doble que puede engañar a quien sea, menos a un lingüista» (Aub, 1995: 597).

23.- «¿Dejan de ser españoles por escribir en francés *Miguel de Salabert, José Luis Villalonga, Fernando Arrabal, Marcelo Saporta, Jorge Semprún o Miguel del Castillo*? Por de pronto, pertenecen a la literatura francesa» (Aub, 1974: 536).

24.- «Es ley orgánica y política. España —ya España—, llamada a ser la potencia dirigente de Europa, necesitaba una unidad interna total. Los judíos ni los moros formaban en el Estado. Al contrario, tenían a gala su cabal independencia jurídica y religiosa. Sólo conversos llegaban a integrarse (al idioma mismo). Las obras escritas, hasta el siglo XVI, en árabe y en hebreo por musulmanes o judíos españoles no pertenecen a la literatura española. Lo que hoy llamaríamos las minorías árabes y judías tenían que integrarse o desaparecer en un Estado que tenía a ser *totalitario* (con el absolutismo monárquico en puerta)» (Aub, 1974: 155; énfasis en el original).

25.- «Aparte del homenaje a Cervantes a que nos referíamos al principio, pronto comenzaron las discrepancias [entre Rivas y Aub], muchas veces puramente anecdóticas, pero que iban a degenerar en una verdadera aversión personal. La primera tuvo lugar con motivo de la representación de *A la deriva*, en septiembre de 1947, recién llegado Rivas Cherif a México, a la que Luz Alba, su directora, invitó a asistir a Rivas Cherif en un recinto carcelario que tuvo que recordarle sus amargos años de presidio. Casi inmediatamente, Aub criticó sin contemplaciones la representación que suponía el debut del Teatro Español de América, el 23 de noviembre de ese mismo año, porque todos los actores hablaban “con distinto acento y ninguno de ellos con acento español”, lo que motivó una respuesta envenenada de Rivas Cherif: “Los trece reos que hace poco escaparon de las Islas Marías, lo hicieron no por amor a la libertad, sino por temor a que Luz Alba volviera a representar una obra de Max Aub cuya primera representación produjo en los segregados el peor de los efectos» (Aguilera Sastre: 152).

3) «Los escritores hispanoamericanos no pertenecen a la literatura española porque escriben en un idioma distinto, todavía poco diferenciado del castellano, pero que ya lleva en sí gérmenes diferenciadores, porque son de países diversos» (Aub, 1974: 11-12)²⁶. La afirmación de que el español de América sea un idioma distinto es cuestionable lingüísticamente, y demuestra la interesada confusión de términos que usa Max Aub al hablar de nación y lengua, haciendo prevalecer aquí un aspecto geográfico-político en contraposición al filológico anterior. Asimismo, esta visión muestra la complicada situación en que se encontraban estos exiliados que residían en tierras latinoamericanas, y viviendo entre las visiones antagónicas del paternalista panhispanismo peninsular y los sentimientos nacionales de las nuevas repúblicas, lo que los pone en una insalvable aporía discursiva. Comparto con Aub la idea de que las literaturas hispanoamericanas son autónomas, pero lo que considero erróneo es la justificación que da: para explicar un hecho histórico-político utiliza como defensa una premisa lingüística cuestionable, si no falsa. Igual de problemática es la afirmación que hace en otro momento de la obra cuando dice que «Los dialectos mozárabes desaparecieron conforme los reinos cristianos fueron reconquistando las regiones del sur. Aquellas hablas populares no pudieron competir con las que llevaban los reconquistadores, más vivas y evolucionadas» (1974: 56). Esta afirmación, falsa desde el punto de vista de la dialectología, es uno de los más claros ejemplos del proverbial castellanismo en el que va a acabar cayendo el autor, siguiendo el ejemplo de la Escuela Filológica²⁷.

Y 4) Si en 1949 Francisco Ayala publica en *Cuadernos americanos* el famoso ensayo «¿Para quién escribimos nosotros?» –ese «nosotros» era los autores exiliados–, Max Aub pareció tener toda su vida a los lectores españoles como objeto de referencia y receptores últimos del mensaje. Sin embargo, es interesante hacer notar que en esta obra el autor desplaza parcialmente el lector ideal, como se ve en el escueto apartado «Bibliografías»: los lectores de su obra, lo tiene claro, van a ser estudiantes de literatura española residentes en España, pero también y sobre todo, universitarios americanos, pues es principalmente en las universidades de América

26.- Compárese esta opinión sin embargo con el intercambio de ideas que Aub mantiene con Dámaso Alonso respecto a este tema: «Dámaso, frenético con las pegadas de las academias americanas:

–Renuncia.

–Habría que tener tanto valor como para suicidarse.

–Aseguran [los hispanohablantes latinoamericanos] hablar otro idioma.

–¿En qué hablan, eh? ¿En qué hablan? Porque ésa es otra: si no es en castellano ¿en qué escriben? ¿En náhuatl? ¿En maya?» (Aub, 1995: 408).

27.- Sobre la ideología castellanista aplicada a los estudios de lingüística de la Escuela Filológica puede consultarse el texto de Luis López (2007).

–en su sentido más amplio– donde se está estudiando el exilio, mientras que la censura y la universidad española han corrido un tupido velo sobre muchos de estos autores²⁸.

Una vez resaltados estos cuatro puntos, uno adicional que merece ser notado en el *Manual* es la repetición frecuente del concepto «nacional» –creación de una lengua nacional, de una literatura nacional, de un teatro nacional...–, palabra que acaba convirtiéndose en un *leitmotiv* del estudio, demostrando la ansiedad o preocupación que el autor siente a este respecto. El *Discurso*, texto anterior al *Manual* comenzaba con una alabanza al genio nacional mediante un *incipit* tomado de Valle-Inclán: «El furor ético es la característica de España» (Aub, 1945: 8). En lo relativo a este punto, y pese a las quejas que levanta contra la generación del 98, la visión aubiana es mucho más cercana al tradicionalismo noventayochista de lo que en principio pueda parecer²⁹. Este hecho lo demuestra la constante referencia y pleitesía a la figura tutelar de Marcelino Menéndez Pelayo –figura clave de la Restauración– y sus visiones literarias, o de Miguel de Unamuno³⁰, de quien va a alabar curiosamente dos de las obras más reaccionarias de su periodo último: *Nada menos que todo un hombre* (1920) y *San Manuel Bueno, mártir* (1930) (Aub, 1995:

28.- Como dice el autor en 1962: «Los oficiales españoles nos borraron del mapa –nos ningunean, como se dice aquí, tan bien. Coged cualquier libro acerca de España; hay muchos, debido a la industria turística, leed sus resúmenes acerca de la actividad intelectual contemporánea. Los que salimos de España por creer que la inteligencia era primero, no aparecemos por parte alguna. Únicamente si muertos allí, aún asesinados, como García Lorca o Miguel Hernández, o traído de vuelta contra su voluntad, muerto, como Juan Ramón, se apropian de sus cadáveres. Existimos en España para una exigua minoría que generalmente no se atreve a pronunciar nuestros nombres. O nos relegan difuntos de segunda clase, en las historias de la literatura. Hay que regresar mudos, como Jamés, o volver a salir, como Bergamín, a menos de dejarse humillar, como Casona. Y formamos, no es un decir, por lo menos una mitad tan valedera como la otra de la literatura española de este último cuarto de siglo» (Aub, 1969: 165).

29.- «[Nota 16] Los escritores del 98 despiertan a menudo en Aub inquina y hasta irritación. Las causas hay que buscarlas en su exacerbado y recalitrante individualismo y en la forma que tenían de novelar, que estaba en las antípodas de la de sus mayores, los novelistas del 68. Pero esos sentimientos los hizo compatibles –vuelvo más adelante sobre este extremo– con una buena dosis de continua admiración por todos ellos» (Caudet, 2002: 80) Fuera de este individualismo del que habla Caudet, el noventayochismo explica el tono eminentemente patriótico de varias afirmaciones cercanas al chovinismo en el *Manual*, como por ejemplo su visión neorromántica de *El Quijote*: «Don Quijote fue el adelantado de la constitución norteamericana, adalid de muchos postulados morales que enarbolaría la Revolución Francesa. Don Quijote es, a esta luz, un político defensor de un mundo más justo, reñido con la paz impuesta por los poderosos, fueran quienes fuesen: engendros, dioses, fantasmas o ejércitos» (Aub, 1974: 254).

30.- «De la generación del 98 serán Unamuno y Valle-Inclán los novelistas señalados como modelos incuestionables, resaltando en ambos una serie de rasgos mediante los cuales Aub parece estar describiendo su propia narrativa: la obsesión por España, la síntesis de compromiso y subjetivismo, la fascinación por el idioma en la obra de don Miguel (D[*iscurso de la*]N[*ovela*]E[*spañola*] 44-49); en la de Valle, las nuevas fronteras que éste abre al realismo mediante la labor subvertidora que ejerce sobre la lengua, el carácter colectivo de sus protagonistas, la fuerza expresionista de sus descripciones sintéticas (DNE 54-58)» (Pérez Bowie: 26).

472). También sobre el autor bilbaíno escribirá en 1961 «Retrato de Unamuno (a los 25 años de su muerte)», panegírico que dificulta aún más la defensa del último Max Aub como nacionalistamente neutro.

En lo que podríamos entender como una evolución del pensamiento aubiano respecto a Menéndez Pelayo, es interesante comparar el estudio introductorio a *La prosa española del siglo XIX* (1952), y el capítulo 6 («Las guerras civiles») del *Manual* (1966), que se sirvió del texto anterior como fuente –en algunos apartados el autor reproduce con mínimas diferencias textos anteriores³¹–. Para ilustrar este dramático cambio de discurso y sus implicaciones cosmogónicas propongo contrastar la disímil lectura que Aub hace de una de las figuras más representativas de la España del siglo XIX, José María Blanco-White (Blanco Crespo). En la columna izquierda aparece la lectura que de Blanco-White hace en *Prosa* (1952), y, contrastada con esta, en la columna derecha se ve la que publica en el *Manual* (1966):

31.- «Quien quisiera tener una idea más clara de los valores literarios perseguidos por el propio Aub creador, así como de la revolución que éstos sufren con el paso del tiempo, no podría hacer mejor que acudir a sus ensayos literarios, donde ellos se encuentran perfectamente explicados. [Nota al pie 3] La relación entre los distintos textos críticos llega a veces a ser sorprendente. Por ejemplo: no sólo muchas de las ideas defendidas en el *Discurso de la novela española contemporánea*, sino incluso párrafos enteros del texto, pasan íntegros, primero al prólogo que escribió para su antología de *La prosa española del siglo XIX*, y después a su libro sobre *La poesía española contemporánea*. Este proceso de auto-plagio deja ver en qué grado el discurso crítico de Aub depende de su visión ideológica. Asimismo también ayuda a explicar ciertas contradicciones en que incurre el crítico, al no adecuar esta visión ideológica a los diferentes géneros literarios que estudia» (Valender: 681).

La posición independiente de BLANCO, tan ardiente partidario de la emancipación americana, tal como podía entenderla un español, tenía que concertar contra él rayos y truenos de toda una centuria, herida en su amor propio nacional por el derrumbamiento del Imperio. Su abundante prosa, sin duda mejor que la de muchos de sus contemporáneos, también ha sufrido injusto olvido.

Hizose llamar White, en Inglaterra, restituyendo la grafía original al apellido de su padre, escribió en inglés sus *Letters from Spain*, maravillosas pinturas de costumbres españolas, según asegura Menéndez y Pelayo, que nada tiene contra White aunque odie a Blanco, y aun le reconoce la primacía de la traducción de algunos fragmentos shakespearianos. Pero de eso a admitir que *El Español* encierre trozos de buen castellano, va un paso que no quiere dar (Aub, 1952: 25).

José María Blanco (White). Nació en Sevilla, hijo de irlandés –Guillermo White–; abrazó la carrera eclesiástica. Perdió la fe, siendo canónigo magistral de la Catedral de Sevilla. Capellán de la Junta Central, publicó, con Lista y Gallego, el *Semanario Patriótico*.

Se expatrió voluntariamente en 1810 por motivos particulares (tenía hijos y no quería disgustarse con sus padres, que lo ignoraban). En Inglaterra, fue profesor de Oxford y canónigo en la catedral protestante de San Pablo, después de haber alardeado de impío. Convirtióse después en unitario. En Londres publicó *El Español* (1810-1814), revista trimestral donde defendió los movimientos de independencia americanos; y, en los últimos años de su vida, una novela: *Luisa de Bustamante o La Huérfana Española en Inglaterra*.

Se hizo llamar White, en Inglaterra, restituyendo la grafía original del apellido de su padre; escribió en inglés sus *Letters from Spain*, «maravillosas pinturas de costumbres españolas», según asegura Menéndez Pelayo. Hay en las *Varietades* muchos artículos suyos escritos en excelente castellano, y, sin duda, las mejores traducciones de Shakespeare que existen en nuestro idioma; lástima que no vertiera ninguna obra completa. Es autor de un famosísimo soneto en inglés, *Night and Death*.

«A quien conozca la obra de Blanco –asegura Vicente Llorens–, tanto en inglés como en español, no puede menos de sorprenderle la desproporción existente entre su valor y su escasa resonancia. Aunque estudiada, casi como objeto de curiosidad, por algunos eruditos, la parte inglesa de su producción, la más importante, no se ha traducido nunca ni siquiera parcialmente al español. Ni sus *Letters from Spain* ni su *Life*, que además de contener sus mejores páginas constituye la confesión más angustiosa y personal que haya escrito un español en los tiempos modernos (Aub, 1974: 403-404).

Al comparar las dos versiones sobresalen varios cambios que afectan el contenido, la lectura del personaje y sus consecuencias teleológicas: primero, Aub introduce dos párrafos biográficos y reduce a una mínima expresión el primer párrafo anterior, en el que se hablaba de la defensa de la emancipación americana y de la importancia raigal de este autor. Ahora, en lugar de lo anterior se lee un más neutro: «En Londres publicó *El Español* (1810-1814), revista mensual, y *Variedades o Mensajero de Londres* (1823-1825), revista trimestral donde defendió los movimientos de independencia americanos [...]» (Aub, 1974: 403). Segundo, en *Prosa Aub* mantenía una postura admonitoria para con la lectura que de este autor hizo Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), criticándolo soterradamente de sectario –«Pero de eso a admitir que *El Español* encierre trozos de buen castellano, va un paso que no quiere dar» (Aub, 1952: 25)–, queja que desaparece en el nuevo texto.

Algo similar pasa con esta la pomposa visión –rayana casi en el servilismo–, que Aub va a dar de Marcelino Menéndez Pelayo, ya en su texto de 1952 y que reescribirá –con una variación mínima pero elocuente– en 1966:

Destácanse en la crítica literaria e histórica MANUEL DE LA REVILLA, el gran prosista padre MIGUEL MIR, VÍCTOR BALAGUER, y, ante todo y sobre todo, mi tantas veces citado DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, restaurador de parte de la grandeza española, nuevo monstruo de la naturaleza, por su sabiduría y clarísima prosa didáctica. El polígrafo montañés fue evolucionando, del feroz [feroz; en 1974] sectarismo de la primera versión de los *Heterodoxos* a la serenidad de los ensayos de sus últimos fecundos años. Ningún crítico, de su tiempo o posterior, le llega a los zancajos en amplitud de saber, poderío de exposición, claridad de concepto, aunque su posición ideológica lo lleve indefectiblemente a enfocar lo que estudia con la intransigencia partidista de la que no tiene a menos hacer gala [de la que no tiene a menos hacer gala ≥ que tiene a gala, en 1974]. ¡Cuál no sería su talento que a pesar de ello –o tal vez por ello– sus ensayos siguen vivos! (Aub, 1952: 44).

En el paso de tres lustros la visión aubiana de Menéndez Pelayo pierde su negatividad superlativa para pasar a una más neutra –deja de ser feroz en su sectarismo–; pero sobre todo es interesante ver el cambio que imprime al significado la transformación de la litote «de la que no tiene a menos hacer gala» –fórmula negativa atenuada de decir que mantuvo una actitud lindante en el exhibicionismo, que se pavoneaba en su intransigencia partidista–, por la positiva «que tiene a gala». Si la atenuación formulística –mediante el uso de esta figura retórica– denunciaba una personalidad exaltada y sobreactuada de la que el sujeto es un emisor activo y consciente, la forma atributiva con la que lo sustituye transforma al sujeto en un

emisor pasivo: ese exhibicionismo era una propiedad inherente, la naturaleza de ese pensamiento (no del sujeto).

Los juegos de reescritura y enmienda por parte de Max Aub en sus diferentes textos hacen que sea legítimo que nos cuestionemos si estos se producen por: a) un claro caso de auto-censura, pues el autor aspira a ser leído por estudiantes españoles y mantener una actitud menos beligerante para con el cántabro claramente ayudaría; b) muestra de la aporía en la que cae el autor al hacer uso de los dos aparatajes antes referidos; c) ejemplo de que con el tiempo Aub va a ir manteniendo unas posturas cada vez más conservadoras respecto a temas y visiones “nacionales” –lo cual que acerca más y más al casticista Menéndez Pelayo–; o d) todo lo anterior.

A la vista de todo esto, es curioso por ello que el autor denuncie la erudición nacionalista de varias de las escuelas europeas y sus literaturas nacionales –principalmente la francesa³², al igual que hizo antes con el floreciente teatro comunista soviético durante los 30 (Aznar 1996: 562)–, o el pensamiento latinoamericanista de autores como Henríquez Ureña³³. Sin embargo, parece no ser capaz de extrapolar la situación a la erudición castellanista de la Escuela Filológica, dando quizá muestras de miopía ideológica al abordar el pasado y su lectura.

Al comenzar este texto propuse la posibilidad de interpretar la españolidad aubiana como una sobre-compensación o ultracorrección identitaria por el trauma sufrido en Francia en la primera guerra –motivo por el cual mostrará especial inquina con el nacionalismo francés–. Con esa posibilidad en mente es necesario aproximarse a varias afirmaciones que leemos en el *Manual* y que sitúan a nuestro autor en posiciones casticistas contrarias a su propia realidad, pero que son muestra de la adhesión ideológica para con una visión (imaginaria) de España. De no ser así, ¿por qué, teniendo raíz judía –si bien su educación fue laica–, habla del Rabí Sem Tob como «primer hombre de su raza que escribió en castellano» (Aub, 1974: 93; énfasis mío)? ¿Por qué su raza? ¿Por qué utilizar un adjetivo posesivo que denota distanciamiento respecto de

32.- «La teoría sobre el origen hispano-árabe-judío de cierta lírica europea tuvo que luchar durante siglos contra tres leyendas negras: la española, fomentada sobre todo en los siglos XVIII y XIX por intereses colonialistas; la árabe, por la evidente decadencia de su cultura tras los siglos medios, y la judía, por el antisemitismo siempre latente o militante. Añádase el nacionalismo cerrado de los eruditos franceses, grandes estudiosos de la lírica provenzal para la que reclamaban la primacía; o el de los italianos, que preferían ver en el bajo latín todos los indicios de la renovación poética europea» (Aub, 1974: 35).

33.- «Han dado en explicar el tono menor de las comedias de Alarcón como resultado de su nacimiento mexicano: “Alarcón llevó al teatro español –dice Pedro Henríquez Ureña, aun suavizando sus primeras afirmaciones– carácter singular que en parte dependen de su origen criollo [...]”. Es, de manos del nacionalismo, querer sacar las cosas de quicio, si fuera así se hallarían en la obra de Alarcón referencias mucho más directas a su lugar de origen» (Aub, 1974: 311).

lo enunciado, pudiendo haber hecho uso de expresiones más neutras como «primer judío que escribió...»? ¿Y cómo interpretar la afirmación –al hablar de la traumática expulsión de los judíos fruto del edicto de la Alhambra– de que «Los judíos tenían todavía entonces en sus manos gran parte de los ingresos de la Corona, y ésta, *tal vez para salvarles de la animadversión popular, les obligó a convertirse (marzo de 1492) o a salir de España en cuatro meses*» (Aub, 1974: 153; énfasis mío)? ¿Cómo puede caer Max Aub en una justificación tan burdamente exegética e insensible, cuando él está viviendo en un exilio obligado, entre otros por su posible origen judío³⁴? El Max Aub que leemos en la primera parte del *Manual* es muy diferente del escritor comprometido y humanista que leemos en sus novelas y teatro –i.e. *San Juan*–, correspondencia y diarios. El *Manual* parece por ello un texto enajenado hasta que llega a la literatura contemporánea, de un casticismo difícilmente asumible. ¿Qué diríamos si alguien justificara el destierro al que se vieron abocados los republicanos diciendo que Franco, tal vez para salvarles de la animadversión popular, les obligó a renunciar a su ideología (en abril de 1939) o a salir de España?

El *Manual* muestra un claro mesianismo castellanista que justifica la barbarie recurriendo a la idea maquiavélica de la «razón de Estado» –«Cuando los Reyes Católicos llevan a cabo la unidad española *no tienen más remedio que expulsar los cuerpos extraños que la hubieran hecho imposible*» (Aub, 1974: 154; énfasis mío)–, siendo Max Aub un escritor que se enfrentó con el comunismo de la guerra fría ¡por ese mismo hecho!³⁵ Por ello resultan difíciles de entender su defensa de la Contrarreforma –se niega la mayor, el aumento del autoritarismo vaticano–, y se la convierte en un modélico ejemplo de modernización³⁶; o la justificación de la xenofobia en la España del XVI sobre cualquier conocimiento pues olía a extranjero o marrano, y por ende

34.- Como expone José Monleón, aunque lo diga en un contexto totalmente diferente al que yo estoy aquí usando: «Cuando un historiador legitima la Inquisición, la esclavitud, la pena de muerte o el holocausto, afirmando que fueron hechos perfectamente explicables desde las realidades históricas donde se produjeron, introduce una perversión en su discurso. No porque no tenga sus razones documentales para hacerlo, sino porque omite un referente fundamental: la historia paralela del pensamiento, la lucha de las ideas, en cuyo ámbito tales aberraciones han sido posibles. Omite, en fin, la petición de esa otra historia latente que, por determinadas causas, que son igualmente históricas, no fue posible. Silencia o simplifica, definitivamente, la historia de las víctimas» (Monleón: 274-275).

35.- «Está claro que Max Aub nunca simpatizó con el comunismo, pero también es verdad que, a pesar de malentendidos e incomprensiones, nunca practicó tampoco el anticomunismo. Su defensa de la libertad intelectual, fundada en la libertad de crítica y de expresión, le iban a distanciar siempre de los países comunistas del llamado "socialismo real"» (Aznar, 1996: 573).

36.- «El erasmismo pasó, se dirigió y no hubo más porque la Iglesia española hizo su Reforma, por sí sola. A reformista no le gana Lutero a Loyola, Calvino a Santa Teresa. Las ideas que inspiraron la Reforma están vivas en los místicos y capitanes religiosos españoles» (Aub, 1974: 157).

anti-español. ¿Por dónde atacar la autarquía ideológica del franquismo después de leer lo siguiente?:

¿Dónde quedó el afán de saber de la corte de los Reyes Católicos, cuando la reina aprendía latín y sus hijos eran dechados de estudiantes? ¿Dónde quedó la sabiduría –quírase o no– de la Corte de Carlos I? Pero era ya un saber extranjero, traído por extranjeros. ¿Valía la pena haber expulsado moriscos y judíos para que vinieran flamencos y alemanes a imponer su ley? Así lo resintieron muchos castellanos, y *Felipe II puso buen orden empezando a cerrar España a canto y lodo* (Aub, 1974: 159; énfasis mío).

De la segunda parte de la obra –el capítulo «Las guerras civiles», que abarca desde 1808 hasta el presente desde el que escribe Aub–, hay un hecho especialmente reseñable: ni Franco ni el franquismo aparecen nombrados, a diferencia de lo que ocurre con *Poesía española contemporánea*, donde sí lo hacía. En realidad, uno de los puntos más interesantes de toda la obra es que el autor escriba una historia de la literatura española sin nombrar a Franco, haciendo lo que unos lustros después harán una serie de autores españoles como Almodóvar, que desarrollarán su arte «como si Franco no hubiera existido». Sin embargo, el franquismo se transparenta en filigrana a través de todas las páginas del *Manual* –como la filigrana de *La gallina ciega*³⁷–:

Los siglos XIX y XX, de 1808 a nuestros días, tienen una evidente continuidad. Este siglo y medio está, en España, bajo el signo de las guerras civiles. [...]

La generación de la Primera Dictadura y de la Segunda República vive bajo los signos contrarios de la deshumanización del arte y de los principios del arte «comprometido».

La generación de la Segunda Dictadura, partida por gala de dos entre lo producido en España y el exilio, se verá a su vez dividida –sin que entre en juego la particularidad geográfica– entre cierto neoclasicismo y el neorrealismo. [...]

El despotismo ilustrado de finales del siglo XVIII había vuelto a acercarse al país, más o menos, a la altura de otras naciones europeas, pero el hachazo del oscurantismo imperante de 1813 a 1833 mantuvo rezagada a España hasta los últimos decenios del siglo; lustros más tarde se producirá otro hecho similar, con parecidos resultados (Aub 1974: 383, 388 y 408).

37.- «(TEXTO QUE DEBE LEERSE EN FILIGRANA A TRAVÉS DE TODAS LAS HOJAS DE ESTE LIBRO)

Aquí está presente quien quiso ser marino, fue cadete del Alcázar toledano, teniente en El Ferrol, capitán marroquí en 1915, comandante a los 23 años; dio el Tercio con él y a poco fue teniente coronel. *Matamoros* no le llamaban, pero lo fue. [...] Fue un político verdadero y quedará el del recuerdo imperecedero. No por nada su monumento se llama, con justicia, el *Valle de los Caídos*» (Aub, 1995: 103).

Acto parecido va a hacer en un falso discurso de ingreso a la Real Academia Española titulado «El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo»³⁸, en el que Aub recreará una posible Academia de un 1956 en el que la Guerra Civil no hubiera existido³⁹ –Eleanor Londeiro habla de este texto como un acto de semántica modal–. En esa Academia conviven autores enfrentados ideológicamente a raíz de la guerra, como Ernesto Giménez Caballero, Dionisio Ridruejo, Rafael Alberti..., y a esa Academia pertenece, con el sillón A Federico García Lorca, que no muere trágicamente en Granada en 1936. Es importante hacer notar, sin embargo, la re-apropiación o re-escritura de fechas de clara significación nacional(ista) por parte de Aub en el *Discurso* –en el también falso discurso de respuesta de Juan Chabás–:

Nombrado el 18 de julio de 1936 [fecha del alzamiento] “para estudiar el establecimiento de un teatro nacional”, se inaugura éste, en lo que fue Teatro Real, el 1.º de abril de 1939 [día la victoria]. En el Diario Oficial de esa fecha puede leerse el nombramiento de nuestro neófito como “Director del Teatro Nacional”. Pasaron seis meses para la organización y el 12 de octubre [día de la Hispanidad] del mismo año se inauguró con la memorable representación de *El acero de Madrid*, dirigido por Cipriano Rivas Cherif (Aub, 2004: 34-35).

En última instancia esta reescritura implica un cambio en la forma, pero no realmente en el contenido nacionalista, pues el 12 de octubre se sigue celebrando igualmente el Día de la Hispanidad, concepto paternalista especialmente problemático que tantos quebraderos de cabeza va a ocasionar a los exiliados en Latinoamérica. Pero como ya dije, la crítica parece seguir sin querer entrarle al toro de la ideología y retórica nacionalista.

Como ya he explicado en otro lugar, lo que Max Aub hace –y posteriormente le emularan otros– es lo que en psicoanálisis se conoce como forclusión del significante: el rechazo de un significante fundamental que estructura la realidad del sujeto (en este caso el franquismo). Esta situación no es un acto sin efectos, por mucho que en principio

38.- «Si *El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo* se asienta en una ficción histórica –la guerra civil no existió–, en su *Manual de historia de la literatura española* no puede cerrar los ojos a la realidad verdadera: existió la lucha fratricida, existieron las muertes, existió el dramático exilio. Sin embargo, frente al hecho incontestable, se alza la posibilidad, más aún, la necesidad, de mantener una continuidad artístico-literaria; los escritores sobrevivían –dentro y fuera del país–, porque sobrevivía la lengua: “los escritores se conocen por la lengua, no por la sangre” [Aub 1966, 8] (Valcárcel: 456-457).

39.- «En definitiva, pertrechado de un extraordinario voluntarismo teórico-histórico y buena carga de humor (“tan amigo del juego como lo soy”, escribe en el *Discurso*), Aub efectúa el borrado, quiere hacer la suposición metahistórica y preguntarse: ¿y si la historia hubiera sido de otra manera?, para a continuación responder con un doble discurso de sesgo didáctico, implícitamente satírico respecto de la realidad histórica acontecida. Historia y fabula se entretujan con resultado de una crítica oblicuamente trazada y una utopía del pasado desmentido por el presente real” (Pérez Bazo 351).

solo afecte a lo simbólico: Max Aub, al expulsar del mundo de la representación el franquismo y su ideología, al proscribir ese pasado, está también quitando la base a su propia identidad como exiliado, desalojando la base ética de su actitud vital. Si Franco no existió, el franquismo no tiene consecuencias, y su exilio tampoco puede ser consecuencia del mismo. Ilustración paralela de este hecho es la aporética visión de la literatura y cultura española mostrada en la primera parte del *Manual*, en la que cae en la trampa de negar la impronta nacionalista más tradicionalista y conservadora de la Escuela Filológica, y las consecuencias que su interpretación acarrea en la actualidad.

Aub caerá en la cuenta de este grave error en su visita a España en 1969, visita en la que despertará de su ensueño nacional. Es por ello que Max Aub representa como ningún otro la paradójica recepción del legado del exilio por parte de la España democrática, esa España con la que él soñaba en el exilio mexicano, y a cuyos ciudadanos va dirigido el manual. La España del post-franquismo, esa España que nace en 1975, va a hacer exactamente lo que él ejemplifica en esta obra: reinventarse una imagen «como si Franco no hubiera existido», lo cual, como consecuencia directa, va a dejar a los autores como él y su legado en el limbo de la no-existencia.

El propio Max Aub parece prever este hecho, con acritud, al final de *La gallina ciega*, en la cita con la que he encabezado este trabajo: «Al fin, yo soy la gallina muerta [...] Mi idea era que *La gallina ciega* era España no por el juego, no por el cartón de Goya, sino por haber empollado huevos de otra especie...» (Aub, 1995: 593-594). Él es también fermento de esa gallina ciega que ha incubado los huevos de otra especie, los huevos de un nuevo nacionalismo/casticismo que matará al resto de la pollada tan pronto como descollen, que olvidará a esas gallinas ciegas que lucharon por darle vida. Por eso, y como con total acierto va a describirlo el censor de una de sus obras en España, demostrando la aporía en la que se mueve nuestro escritor, y con él aquellos que van a seguir su ejemplo: «El autor es reticente y muy penetrado de lo español a la par» (citado en Aznar, 2003: 3).

Bibliografía

- AGUILERA SASTRE, Juan (2004): «Encuentros y desencuentros: Rivas Cherif, Casona y Max Aub», *ADE teatro: revista de la Asociación de Directores de Escena de España*, 99, pp. 143-154.
- AUB, Max (1945): *Discurso de la novela española contemporánea*. México: El colegio de México.

- (1952): *La prosa española del siglo XIX. Volumen I. Neoclásicos y liberales*. México: Antigua librería Robledo/José Porrúa e hijos.
- (1967): *Hablo como hombre*. México: Joaquín Mortiz.
- (1969): *Poesía española contemporánea*. México: Era.
- (1974): *Manual de Historia de la Literatura Española*. Madrid: Akal.
- (1995): *La gallina ciega. Diario español*. Edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba Editorial.
- (1998): «Retrato de Unamuno (a los 25 años de su fallecimiento)», en *De Max Aub a Unamuno (Dos homenajes)*. Segorbe: Fundación Max Aub, pp. 5-17.
- (2004): «El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo por Max Aub. Discurso leído por su autor en el acto de su recepción académica el día 12 de diciembre de 1956. Contestación de Juan Chabás y Martí», en Max Aub y Antonio Muñoz Molina, *Destierro y destiempo. Dos discursos de ingreso en la Academia*. Valencia: Pre-Textos, pp. 9-49.
- AYALA, Francisco (1971): «Para quién escribimos nosotros», en *Los ensayos. Teoría y crítica literaria*. Madrid: Aguilar, pp. 138-164.
- (1995): «Max Aub, escritor español exiliado», en Max Aub, *Enero sin nombre: los relatos completos del laberinto mágico*. Presentación de Francisco Ayala. Selección y prólogo de Javier Quiñones. Barcelona: Alba Editorial, pp. 11-12.
- (2004): «Contestación del Excmo. Sr. Don Francisco Ayala», en Max Aub y Antonio Muñoz Molina, *Destierro y destiempo. Dos discursos de ingreso en la Academia*. Valencia: Pre-Textos, pp. 89-99.
- AZNAR SOLER, Manuel (1996): «Política y literatura en los ensayos de Max Aub», en Cecilio Alonso, ed., *Actas del Congreso Internacional «Max Aub y el laberinto español», celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, pp. 568-613.
- (2003): «Autocensura y censura de las literaturas del exilio republicano en la España franquista: sobre la edición en 1966 de *Mis páginas mejores*, de Max Aub», *Ínsula*, 678, pp. 2-6.
- BUSCHMANN, Albrecht (2005): «Max Aub entre sus culturas», en Ottmar Ette, Mercedes Figueras y Joseph Hurt, eds., *Max Aub-André Malraux. Guerra civil, exilio y literatura. Guerre civile, exil et littérature*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert Verlag, pp. 201-212.
- CAUDET, Francisco (2002): «Max Aub, crítico e historiador literario», *Olivar*, 3, pp. 65-94.

- DEYERMOND, Alan D. (1971): *Historia de la literatura española I. La Edad Media*. Barcelona: Ariel, 1992.
- FABER, Sebastiaan (2002): *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*. Nashville, TN: Vanderbilt UP.
- (2003): «Escribir a chorro suelto: el miedo a borrar y otras obsesiones exílicas», *Ínsula*, 678, pp. 11-14.
- (2003-04): «Max Aub, conciencia del exilio», *Diablotexto*, 7, pp. 25-52.
- HOYO, Arturo del (1968): «Prólogo», en Max Aub, *Teatro completo*. México: Aguilar, pp. 11-32.
- LONDEIRO, Eleanor (1995): «Max Aub y la invención de una Academia Española», en Rosa Maria Grillo, ed., *La poética del falso: Max Aub tra gioco ed impegno*. Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane, pp. 117-131.
- LÓPEZ, Luis (2007): «The Origins of Spanish Revisited: Linguistic Science, Language Ideology and Nationalism in Contemporary Spain», *Bulletin of Spanish Studies*, 84/3, pp. 287-313.
- MALGAT, Gérard (2007): *Max Aub y Francia, o la esperanza traicionada*. Prólogo de Jacques Maurice. Sevilla: Renacimiento.
- MONLEÓN, José (2003): «El arte frente a la manipulación de la memoria», en María Fernanda Mancebo, ed., *Encuentros de historia y literatura: Max Aub y Tuñón de Lara*. Valencia: Generalitat Valenciana, Consellería de Cultura i Educació, pp. 269-296.
- OLMOS GIL, Miguel A (1996): «Max Aub, crítico literario: notas sobre *Poesía española contemporánea* (1969)», en Cecilio Alonso, ed., *Actas del Congreso Internacional «Max Aub y el laberinto español», celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, pp. 669-678.
- PÉREZ BOWIE, José Antonio (2003): «El canon narrativo aubiano», *Ínsula*, 678, pp. 22-27.
- PÉREZ BAZO, Javier (1996): «Max Aub en la Real Academia Española de la lengua: discurso apócrifo sobre el teatro que nunca fue», en Cecilio Alonso, ed., *Actas del Congreso Internacional «Max Aub y el laberinto español», celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, pp. 349-363.

- ROMERO-MARCO, Álvaro (2009): «El epistolario de Américo Castro y Max Aub (1962-1972). Algunas reflexiones y silencios de la memoria del exilio republicano español», en Sebastiaan Faber y Cristina Martínez Carazo, eds., *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin de Estudios Norteamericanos/Universidad de Alcalá, pp. 125-139.
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio (1996): «Max Aub: cara y cruz de una creación literaria», en Cecilio Alonso, ed., *Actas del Congreso Internacional «Max Aub y el laberinto español», celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, pp. 41-54.
- VALCÁRCEL, Carmen (1998): «La historia de la literatura española desde el exilio: Juan Chabás y Max Aub», en Manuel Aznar Soler, ed., *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995)*. Barcelona: Gexel, vol. I, pp. 455-470.
- VALENDER, James (1996): «Max Aub y su libro sobre *La poesía española contemporánea*», en Cecilio Alonso, ed., *Actas del Congreso Internacional «Max Aub y el laberinto español», celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, pp. 679-690.

PERSPECTIVISMO Y NOVELA EN MARIANO BAQUERO GOYANES

Juan Carlos PUEO
Universidad de Zaragoza

En esta intervención deseo revisar el concepto de perspectivismo, al que Mariano Baquero Goyanes dedicó varios artículos a lo largo de su carrera, hasta el punto de convertirlo en una de sus señas de identidad académica. La crítica suele hacer referencia a lo que dicho concepto debe al pensamiento de José Ortega y Gasset, y de ello no puede caber duda alguna, pues el profesor Baquero Goyanes destacó, por encima de todo, por ser un lector atento, sensible e informado no sólo en el campo de la narrativa, sino también en los restantes géneros literarios, incluyendo los argumentativos. Un crítico de la talla de Baquero Goyanes no podía dejar de tener en cuenta la poderosísima influencia que el pensamiento de Ortega ejerció en su momento, una influencia que pudo aminorarse a raíz del ostracismo a que fue condenado el filósofo por la universidad del franquismo, pero que, precisamente por ello, se acentuó entre los intelectuales partidarios de una liberalización del régimen¹.

1.- No me consta, sin embargo, que el pensamiento literario de Baquero Goyanes estuviera condicionado por filiación política de ningún signo. A lo sumo, su atención al perspectivismo podría verse como indicio de un talante humanista que, a causa de sus propios fundamentos, se situaba enfrente de la unilateralidad ideológica del régimen franquista. En este sentido, el influjo del perspectivismo estudiado por Baquero Goyanes se dio, más que en un improbable terreno político, en el campo de la pedagogía, en especial en su magisterio en la Universidad de Murcia, recordado siempre con cariño por sus numerosos discípulos.